

LA SOMBRA DE LAS HORAS

Luis Miguel Morales Peinado

Título: **La sombra de las horas.**

Copyright©2012, de esta edición digital: Luis Miguel Morales Peinado.

Diseño de portada: © Luis Muñoz García.

<http://lasombradelashoras.blogspot.com.es/>

Email: romanpe1958@hotmail.com

Luis Miguel Morales Peinado nace en Madrid y desde entonces no ha dejado de pasear por las calles de su barrio, Vallecas. Aprueba unas oposiciones para empleado público y durante toda la vida dedica una parte de su tiempo libre a emborronar folios, aunque nunca se decide a hacerlos públicos. En el año 2009 Lucía le convence y envía el microcuento "Libertad" al concurso radiofónico de la Cadena SER "Relatos en cadena", siendo seleccionado y publicado posteriormente en el libro "Relatos en cadena 2009-2010" de la Editorial ALFAGUARA.

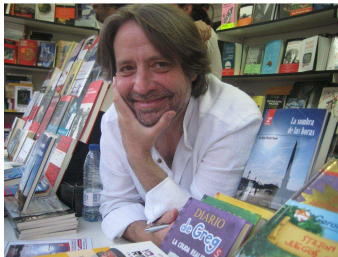
En el año 2010 obtiene el primer premio, Tema Libre, en el X Certamen de Narrativa Corta "Carmen Martín Gaité" con el relato "El tiempo".

Forma parte del jurado del XI Certamen de Narrativa Corta "Carmen Martín Gaité", edición del año 2011.

En su blog "El Tiempo de Román" (<http://lasombradelashoras.blogspot.com>), comparte algunos de sus relatos, otros temas relacionados con el mundo literario y a su personaje Julio y sus vidas.

En enero de 2012 publica su primer libro de relatos "LA SOMBRA DE LAS HORAS", junto a la Editorial Circulo Rojo.

Continúa escribiendo su futuro...



El futuro pertenece a quienes creen en la belleza de sus sueños.

Eleanor Roosevelt

La radio comienza a contarme cómo está la mañana. Parece que hoy hace ya calor y son las seis y media. El locutor empieza la frase antes de que el altavoz de la radio despertador se ponga en funcionamiento. Esta vez estoy despierto, no como otras mañanas en que los primeros murmullos, hasta que se convierten en palabras perceptibles para el oído, me encuentran dormido. Me levanto con una nueva incursión de no sé qué país en no sé qué país. Después de la ducha y el café subo la persiana del salón y contemplo la salida del sol para disfrutar de ese recreo diario que me da fuerzas para iniciar la jornada.

Las hojas que tienen el privilegio de coronar los árboles, reciben los primeros rayos. Se agitan, sin que una ráfaga de viento las mueva. Con los codos apoyados en el alféizar de la ventana y el cuerpo ligeramente adelantado, mi cara sobresale del muro y no recibe más que el quieto aire del amanecer. Miro hacia el asfalto, cuatro pisos abajo, y los coches circulan despacio, buscando que el semáforo cambie el rojo por el verde. Vuelvo a fijar la mirada en las verdes copas que me ocultan parcialmente los ladrillos rojos y blancos del edificio que, frente al mío, ayuda a construir la avenida y rastreo la sombra que se dibuja sobre las paredes. En una de las ventanas aparece una mujer de la que creo distinguir sus ojos claros. Son muchos metros de distancia para poder apreciar su color. Ahora sí, una ráfaga de viento zarandea con violencia la sombra de las hojas

sobre ella. En un instante, es iluminada por el sol para, en otro, volver a esconderse dentro del gris. Me convengo de que es la misma mujer, es imposible, no ha transcurrido el tiempo suficiente para que se intercambie con otra y, sin embargo, parecen tan distintas. No me abandona su imagen en todo el día. La luz y la sombra. La sombra y la luz.

Llega la noche y me siento delante de la pantalla del ordenador. En un documento de Word, en blanco, van apareciendo historias. Historias que me hablan de personas como tú y como yo. Historias que aparecen de entre la sombra que irrumpe tras el sol. Y dentro de cada una de ellas, como un destello, la pincelada de alguna vida. Doce historias y doce destellos que necesitan que tú los interpretes.

ByMe PUB

NUESTRA PELÍCULA

La de los días de lluvia estaba ahí, sobre la estantería, como si permaneciese escondida esperándome tras los libros que acababa de guardar. Recordé la figura de Clint Eastwood, empapado, esperando a que Meryl Streep se decidiese a salir del coche, y a nosotros en el sofá, con un nudo en la garganta, expectantes, animándola en silencio a que se fuese con él, sin quitar ojo del televisor. Cuántas tardes lluviosas como esta. La volví a poner y, mientras cerraba la maleta sobre el sofá vacío, Clint, en la pantalla, arrancaba su coche y, solo, se perdía calle arriba.

Hay veces en la vida que es mejor callarse. Se lo oía decir a mi padre en muchas ocasiones cuando era un niño. Y me lo repitió unas cuantas veces a lo largo de toda su vida. No era una frase suya, es cierto, es una frase que seguro que todos los hijos han oído decir a sus padres. Pero él era mi padre y esas palabras eran para mí.

Y todas las mañanas me he levantado con la dichosa pregunta de aquella noche dando vueltas a la cabeza. Todas las mañanas que la resaca me lo ha permitido. ¿A qué hora cerráis? Así de simple. Una interrogación que ni el peor novelista utilizaría en la peor de sus novelas. Una interrogación que se dice y se oye millones de veces al día en el supermercado de cualquier ciudad. O en cualquier gasolinera en mitad de cualquier autopista. Es imposible que una pregunta como esta pueda marcar la vida de nadie.

-¿A qué hora cerráis?

Mientras salían esas palabras de mi boca leía, una vez más, el revés de las letras góticas biseladas en el cristal opaco que separaba la última fila de mesas del local con la calle. Una be mayúscula a la derecha, después, a su izquierda, una i griega minúscula, después una eme mayúscula y a continuación una e minúscula. Un mínimo espacio las separaba de otras tres letras mayúsculas y de mayor tamaño, la pe, la u y la be. “ByMe PUB”. Todo ello formando un semicírculo.

Mi cuerpo giró con el taburete y unas gotas de la copa de ron cayeron sobre el mostrador mientras los cubitos de hielo chocaban entre sí y me dedicaban su helada melodía. Al otro lado de la barra Byron concentraba su atención en elaborar uno de sus exquisitos cócteles. Siempre concluía la noche saboreando uno. Mery contaba los billetes que rebosaban la gaveta de la caja registradora de mediados del siglo pasado que daba un toque de misterio al pretendidamente moderno local. Era una de esas máquinas con manivela a la derecha y cuatro filas de teclas iguales que las de las máquinas de escribir antiguas, de las Olivetti, redondas, planas, con un reborde metálico que cercaba un cristal debajo del cual se escondían las letras blancas sobre el fondo negro y que adornaban su panzudo cuerpo. A mi derecha un caballero con bombín, que no se había quitado en toda la noche, contemplaba los movimientos rápidos de los dedos de Mery sobre los billetes. Al menos eso era lo que parecían enfocar sus vidriosos ojos. Y a mi izquierda el descascarillado mostrador sin una copa sobre él y con una hilera de taburetes vacíos bordeándolo.

A nadie parecía interesarle lo más mínimo contestar a esa pregunta. O quizá es que nadie me había oído, para qué oír una cuestión tan falta de sentido como esa. Yo sabía perfectamente la hora de cierre. Byron y Mery sabían perfectamente que yo sabía la hora de cierre. Y el señor del bombín seguía dando vueltas por su mundo.

-Creo que en cinco minutos.

La voz me llegó por la espalda. Mi estado no me permitía adivinar nada más. Las palabras habían alcanzado mi espalda, pero no sabía de dónde provenían, de cuál de las tres filas de mesas que me separaban de la puerta de entrada al local.

Volví la cabeza y vi una mujer de exagerados y largos rizos cobrizos que caían sobre sus reducidos pechos apenas ocultos por la transparente blusa, y que hojeaba un

periódico de desproporcionadas páginas que descansaba sobre la mesa. Unos grandes labios de recargado tono carmesí competían con unas sonrojadas mejillas. Su espalda no lograba reposar sobre el respaldo de la silla que casi topaba con el cristal que separaba el garito de la calle. “ByMe PUB”. Volví a leerlo.

Todos los días de todo el año terminaba en aquel antro a tomar las últimas copas antes de subir a mi apartamento que me esperaba en el portal de enfrente. Algunas noches, al acabar la jornada laboral, me acompañaba a la primera el oficial; otras, a la segunda, pero hacía más de un mes que se iba directo a su casa.

-Hoy no puedo quedarme, lo siento. A ver si mañana...

Su mujer y su hija eran una razón más que suficiente para que abandonase esa copa que amenazaba con convertirse en costumbre y en un peligro para su estabilidad familiar. A mí no me esperaba nadie, sí, Kafeto, pero él no reparaba en la hora ni en mi estado. Por las noches, al atravesar la puerta, él restregaba su peludo lomo sobre mis pantorrillas y emitía unos tímidos ronroneos antes de volver a su rincón. Llevábamos catorce años de vida en común y de respeto mutuo. Sin compromisos.

Nunca la había visto por allí, ni siquiera por el barrio, por las cuatro manzanas que encerraban mi existencia. Mi apartamento al otro lado de la calle, el ByMe y, en la avenida paralela, la oficina. Algún fin de semana visitaba a mi madre en la casa del pueblo donde vivía con mi hermana. En ocasiones salía a un cine del centro con Berta antes de que pasásemos la noche en mi casa. Durante los últimos catorce años eran los únicos que habían compartido conmigo esas cuatro paredes: Kafeto, a todas las horas, y Berta, diez o doce noches al año. Era la primera vez que veía esa cara y estaba seguro que de haberla visto antes la recordaría.

-Nunca te he visto por aquí.

Me senté en la silla y ella recogió el periódico en cuatro pliegues. Mi rodilla se tropezó con la maleta roja de mediano tamaño que nos separaba.

-Acabo de llegar esta tarde a la ciudad. Estaba buscando en el periódico alguna pensión para pasar las primeras noches. ¿Conoces alguna?

Al apagarse las luces de neón del letrero exterior del pub su cabello rizado adquirió un tono distinto, vi que el color cobrizo se había convertido en un perfecto color castaño natural, brillante. La bruñida piel de su cara, tan cerca, dejaba descubrir debajo de aquellas capas de cosméticos una suavidad y una juventud que desde la distancia me había sido imposible adivinar. Hasta sus labios perdieron aquella exageración que hace un momento aprecié. No lo dudé un instante, ni la hora ni el alcohol me permitieron dudar.

-Pues yo creo que este no es el lugar para una hermosa chica como tú. Yo vivo ahí, en aquel portal, y tengo un sofá cama siempre disponible. Mi gato está ya viejo. Te husmeará un poco y después no te molestará.

-Perdona que haya sido tan directa, pensarás lo peor de mí, pero es que estoy desesperada y, aunque tú no te has fijado, llevo un buen rato aquí, te he observado y me has merecido toda la confianza.

-Pues no deberías fiarte...

Sonreí y ella me correspondió con el abismo de sus negros iris. En ese momento el hombre del bombín pasó a nuestro lado y, antes de desaparecer por la puerta, tropezó con la mesa y terminó de vaciar el escaso ron que aún contenía la copa sobre mis pantalones. El hombre del bombín ni se enteró.

-¡Señores! ¡Hora de que nos vayamos a casa!

Byron hizo un cariñoso gesto solicitándonos clemencia.

-Hasta mañana, chicos.

Cruzamos la calle antes de que nos alcanzase la riada que cada noche fabricaba la estruendosa máquina del Ayuntamiento y subimos al cuarto piso. Todo estaba en perfecto desorden. Mientras Kafeto fiscalizaba a la intrusa yo me encargué de desalojar el sofá y convertirlo en una confortable cama. Esa mañana guardé en el armario un juego de sábanas limpias. Estuvimos en el cine Berta y yo la semana pasada, por lo que no esperaba tener que usar un nuevo juego de sábanas en algún tiempo. Uno hace cosas sin motivo aparente que luego encuentran una razón.

-¿Quieres la última?

Era la pregunta retórica, indispensable. Un buen galán de una buena película en blanco y negro de la época dorada de Hollywood no debe pasar por alto terminar o empezar una conquista con esa propuesta. Y nunca había que temer a la respuesta.

-Llevo un día muy largo y además me tomé una copa en el bar. Mi cabeza no me va a permitir otra. Espero que no te parezca descortés.

Descortés no me pareció, para entonces ya me tenía a sus pies por completo. Una mujer que en la distancia vi como una buscona más de las que acostumbraba ni siquiera a mirar se había convertido en una preciosa joven con un enigma imposible de descifrar.

Ahora tenía claro que de no soltar yo la innecesaria preguntita ella no habría abierto la boca. Y cuando Byron se dirigiese a echar el cierre, llorando le rogaría, aunque fuese pagando lo que le pidiese, quedarse en su local a pasar la noche. Un ser tan indefenso no se hubiese atrevido a dirigirse a mí sin encontrar una excusa. Yo

pasaría a su lado, y quizá tropezaría con su mesa, y quizá la pediría perdón. Pero no habría reparado en ella.

Salió de mi habitación después de cambiar su ropa por un mínimo pijama de verano.

-¿No te importa que me tumbe?

Asentí con la cabeza. Se durmió de inmediato. Su cuerpo fue el mejor antídoto para mi exceso diario de alcohol. Ni diez cafés bien cargados hubiesen hecho el efecto que había conseguido su contemplación. No pude dormir en toda la noche. Ella estaba al otro lado de la puerta y yo no podía traspasar esa barrera. Al atravesar la ventana el primer rayo de sol acabó por vencerme el sueño.

Me sobresalté y miré el reloj. Las dos de la tarde. De un salto casi me presenté en la puerta, la abrí y mis ojos corrieron hacia ella. Sobre el sofá-cama solo quedaban las sábanas arrugadas. Ni rastro de la maleta. Ni de su ropa. Solo su olor.

Kafeto me dio los buenos días. No le extrañó que me levantase a esa hora, era sábado y en otras ocasiones había tardado más en hacerlo. Él no notó alterada para nada su rutina con la compañía que había tenido esa noche. Tampoco podía preguntarle la hora a la que se había ido. En ese momento pensé que ni siquiera sabíamos nuestros nombres. Ojeé el salón buscando una nota, pero no encontré nada.

Esa noche inquirí a Mery por ella, si la habían visto aparecer por allí, o por la calle. La siguiente noche también. Y así todas las noches.

Maldita pregunta, pensé una noche más.

Aquella noche volví a oírla. De la boca del caballero del bombín que se sentaba a mi derecha.

-¿A qué hora cerráis?

Esperé una respuesta a mis espaldas. Sí, tenía que responderle. No me atrevía a escuchar. No me atrevía a volver la vista hacia el final de las tres filas de mesas que me separaban de la puerta de entrada al local. Pero lo hice. Solo vi la silla vacía y un periódico con unas hojas de gran tamaño sobre la mesa.

Y también leí aquellas letras góticas y en semicírculo biseladas en el cristal.
“ByMe PUB”.

EL TIEMPO

Ganador 1er premio tema libre

X Certamen de Narrativa Corta

“CARMEN MARTÍN GAITE”

MI PADRE

Mi pánico al avión hizo que aquella mañana regresara a casa muy cansado desde la estación. Había pasado la noche en la litera del tren. Entre el traqueteo y la resolución del arbitraje que tenía que redactar en ese mismo día, no pude pegar ojo. El viaje inesperado a París, para evitar una querrela contra mi bufete, me había dejado sin más tiempo para escribirlo. Me animé recordando a mi fallecido padre con su toga diciéndome, al poco de acabar la carrera y en ese tono socarrón que tanto le gustaba usar, “Hijo, cuando te lleguen momentos duros, piensa que va incluido en la nómina, te ayudará”.

Al entrar en mi despacho me sorprendió ver sobre el escritorio aquellos folios manuscritos. Me senté a leerlos: “LAUDO ARBITRAL dictado por...”. Contemplando el retrato de mi padre, colgado en la pared, advertí que esa cómplice sonrisa en su rostro era nueva.

Sintió cómo su cuerpo se escurría entre las sábanas, totalmente empapado en sudor y con el corazón latiendo a un ritmo infernal. Sus manos la buscaron, no había nadie más que él sobre la cama pero sabía que esa noche había estado allí, junto a él, dormida a su lado. Soltó un par de exabruptos fijando su mirada en el reloj despertador, comprobó que eran casi las seis de la mañana y se levantó de un salto. El olor de ella seguía acompañándole. Al entrar en el cuarto de baño se encaminó rápido hacia la ducha, estaba seguro de encontrarla allí escondida. Jugando una mañana más. Separó las cortinas y no vio a nadie. En veinte minutos terminaría de asearse, se acercaría a despertar a Carlos y, mientras este se despabilase, iría preparando el desayuno para los dos.

Cinco meses atrás Adela compartía con ellos esos primeros minutos del día. Hasta aquel fatídico veinticuatro de abril del año dos mil. Le llamaron a la oficina y le comunicaron que Adela acababa de sufrir un mortal accidente de tráfico. Instantes después de que Carlos se bajase del coche, a las puertas del colegio, un camión que había perdido los frenos se llevó por delante el coche empotrándolo contra un muro. No pudieron hacer nada por ella, falleció antes de llegar al hospital.

Cerró la puerta del baño y regresó de nuevo a su habitación. Súbitamente sintió algo en su interior, sus pulmones se ensancharon y comenzó a respirar un aire limpio, liviano, distinto. Abrió rápidamente la puerta y se dirigió al pasillo, sus ojos se clavaron en el reloj de la pared, vio que la manecilla del segundero estaba quieta. Se dirigió hacia el salón y posó su mirada en el reloj de cuco, sus contrapesos colgaban completamente inmóviles. Encendió el equipo de música y por más que intentaba sintonizar alguna emisora de radio, le fue imposible. Con la televisión le ocurrió lo mismo.

Separó las cortinas, subió la persiana, abrió la ventana y fijándose unos instantes en el edificio de enfrente se dio cuenta de que el sol, que justo en ese momento empezaba a despuntar por el tejado, se había quedado parado, suspendido en el aire, como si estuviese reposando sobre el bloque de pisos. Cruzó la mirada con un vecino que tenía la misma expresión de desconcierto que él adivinaba en su propio rostro, solo que aquel hombre estaba quieto, con los ojos exageradamente abiertos, sin mover un solo músculo de su cuerpo.

Se dirigió a la habitación de su hijo para observarle en silencio. Carlos dormía mientras su pecho se agitaba al mismo ritmo que su respiración.

Entornando con cuidado la puerta, volvió al pasillo. Trastabilló, y sin llegar a caer al suelo dio unos cuantos pasos hacia atrás. Su mirada se clavó en el reloj.

-¡El segundero! ¡Se ha movido la manecilla en dirección contraria!

Se acercó aceleradamente hacia el reloj y las agujas no hicieron el más mínimo movimiento. Caminó nuevamente hacia atrás. Según se iba alejando, las manecillas volvían a recuperar su acompasado ritmo, pero siempre en sentido contrario.

-Creo que lo he comprendido.

Desde ese instante no dejó un solo segundo de caminar hacia atrás. Del salón a la habitación, de la habitación al baño, del baño a la cocina. No paraba más que lo necesario para alimentarse, y seguía, a veces a una velocidad que nunca hubiese pensado podría llegar a alcanzar. Los relojes iban más rápidos aún que él, los días se sucedían sin tregua, primero llegaba la noche, el atardecer a continuación y por fin amanecía.

Sin poder precisar cuánto tiempo después, vio en el calendario del pasillo la fecha que ansiaba:

Veinticuatro de abril del año dos mil.

Siguió caminando hasta que el reloj marcó las cinco de la mañana y se aproximó a su habitación. Acercó lentamente su temblorosa mano al pomo de la puerta, pesaba enormemente, no se veía capaz de moverlo, entre el pánico que le atenazaba y su lamentable estado físico pensó que nunca lograría abrirla. Consumió sus últimas fuerzas y logró ver a través de una mínima rendija cómo Adela se rebullía lentamente sobre las sábanas, sumida en un profundo sueño.

En un momento todo recobró su ritmo, los relojes, la luna, él mismo. Se dirigió a ver a Carlos dormir. Regresó a su habitación y, sigilosamente, para no despertar a Adela, se metió en la cama.

Sonó el reloj despertador a las seis en punto.

-Sigue durmiendo, cariño, hoy llevo yo al niño.

Para mi más bello sueño hecho realidad, Lucía.

ÍNDICE

[La sombra de las horas](#)

[Fotografía de mujer con los pies desnudos](#)

[Nunca he creído en los fantasmas](#)

[Reencuentros](#)

[Las cartas](#)

[Muñeca rota](#)

[El castaño milenario](#)

[Arlequín](#)

[ByMe Pub](#)

[Nuestra película](#)

[El puente](#)

[Cupido](#)

[El muro](#)

[Punto final](#)

[Amanecer](#)

[Samhain](#)

[Diario de un hombre mortal](#)

[5084](#)

[La inapreciable ausencia de Liberto](#)

[Libertad](#)

[De cómo perdí el presente](#)

[En el limbo](#)

[El Tiempo](#)

[Mi padre](#)